

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una habitacion interior del antiguo castillo de Alajúdr: tendrá una ventana practicable que da al monte. A un lado se verán armas y municiones, al otro un lecho de damasco, varios sillones antiguos y un bufete.—Aparece MARÍA, sentada y pensativa.

MARÍA. ¡Cielos!... Felisa no viene, y al verme en esta mansion tan sola, mi corazon un monte sobre sí tiene.
(*Se levanta y se asoma á la ventana y dice desde ella.*)
Nada veo, no oigo nada. Nadie descubro en la sierra. Sin duda alguna la guerra, ¡plegue á Dios! está acabada.
(*Se retira de la ventana, vuelve al medio de la escena y se pasea inquieta.*)
En tan ciego desconcierto, en tan borrascoso mar, ¿dónde puedo luz hallar? ¿dónde se me ofrece un puerto? Sólo desastres advierto, hallo sólo confusion cuando quiere mi razon anhelosa descubrir el probable porvenir de tan dura situacion. ¿Si han los moriscos triunfado en su intento criminal, yo cristiana, yo leal, puedo quedar á su lado? ¿A mi padre coronado veré, y ser restaurador de la impiedad, del error, siendo fiel, siendo cristiana?... Dadme, ¡oh Virgen soberana en tal conflicto, favor. ¿Y si la justicia santa de Dios prepara el castigo á este bando, que enemigo contra su ley se levanta; si confunde audacia tanta, y en cadalso inicuo y vil paga la raza gentil el crimen de rebelion,

yo... á mi padre?... El corazon se me hace pedazos mil. (*Pausa.*) Aunque morisca, abrigando tan noble sangre, podia esperar ser algun dia la esposa de don Fernando. Mas ya... ¡infeliz!... ¿Cómo ó cuándo de un musulman, de un traidor, ó vencido ó vencedor, pudiera esperar la hija que para esposa la elija un castellano señor?
¡Ay!... Al conseguir mi anhelo, en el venturoso instante en que tornaba mi amante á coronar mi desvelo; la hermosa luz de aquel cielo negra nube me robó, y esta borrasca tronó, que de el solio del sol mismo en tan espantoso abismo mis dichas precipitó.
¡Mísera!... ¡Desventurada! ¡Con qué instinto tan certero tuve por de infausto agüero de mi amante la llegada! Ya seré de él detestada. Sí: su conciencia, su honor le harán mirar con horror mi raza; y ha de anhelar, combatiéndola, espiar haberme tenido amor. Solo un camino me queda en tan angustioso apuro, y lo seguiré, lo juro, en cuanto seguirlo pueda. Dios piadoso me conceda su favor, y buscaré un claustro donde hundiré esta vida sin ventura, y en donde conserve pura mi lealtad, mi honra y mi fe.
(*Queda en profundo abatimiento, del que la saca repentino y lejano rumor de tiros y de cajas.*)

¿Qué escucho?... ¿Nuevo rumor?... Todo estaba hace un momento tranquilo.
(*Corre á la ventana y continúa desde ella mirando á una parte y otra.*)
Gran movimiento observo ya en derredor. Crece el estruendo á lo léjos, y de armados escuadrones los yelmos y los pendones deslumbran con sus reflejos. Van por aquella ladera tropas... ¡de mi padre son! ¡Cielos!... Nueva confusion de mi pecho se apodera. Mas, ¿qué miro?... De la villa nubes espesas de humo se levantan á lo sumo: espantoso incendio brilla. A este castillo azoradas las mujeres, que han bajado al lugar abandonado, regresan precipitadas. Y mi buen ama Felisa... ¡allí viene, sí, ella es!
(*Agitando un pañuelo y en alta voz.*)
Ama mia, corre pues. Yo te aguardo... date prisa.
(*Se retira de la ventana.*)
Sale FELISA muy fatigada y despavorida, con una gran cesta llena de ropa, y la pone sobre el bufete.

MARÍA. (*Abrazándola.*)

¡Ama mia!

FELISA. ¡Hija del alma!

hija mia, vengo muerta. El retirarse las tropas fué sin duda estratagema, para coger, en celada, á los moriscos, dispuesta. Y Dios sabe los peligros, los afanes y las penas que á nosotras infelices su cólera nos reserva, por mantenernos con ellos en tan inicua revuelta.

MARÍA. Pero, ¿qué es esto?

FELISA. María, mis labios á hablar no aciertan, que de terror y cansancio vengo que respiro apénas. Despues de tan largos dias de afanes y de miserias, de zozobras y de angustias, al ver hoy á la primera

luz que las cristianas tropas se retiraban con priesa, abandonando la villa, fui, cual viste, con diversas personas á ver si acaso de nuestras casas desiertas algo aun salvarse podia, trayendo á esta fortaleza los víveres necesarios, y que ya tanto escasean. Llegar logré á nuestra casa, desmantelada y abierta, donde sólo hallé destrozos propios de tan cruda guerra. Bajé, sin embargo, sola con una luz á la cueva, y el depósito hallé intacto de ropas y de preseas, que al abandonar la villa escondimos en la tierra; y de él traigo cuanto pude recoger en esa cesta. Entré á ver si algo quedaba en la robada despensa, cuando estruendo repentino de cajas y de trompetas me asaltó. Salgo á la calle y cruzar miro por ella á todas cuantas mujeres, como yo, á dar una vuelta á sus casas habian ido, gritando: ¡Traicion! ¡sorpresa! Y todas, como rebaño que huye de voraces fieras, corrimos á refugiarnos á estas murallas, y apénas tuvimos tiempo. Las tropas del rey en la villa entran de nuevo, y segun he visto desde esas cercanas cuestas, dando á su justa venganza atroz principio, la incendian.
MARÍA. ¿Y dónde mi padre?...
FELISA. Estaba con los suyos allí cerca, y voló como valiente...
(*Rumor lejano de cajas y de tiros.*)
Y empeñada la pelea... sin duda... ¿No escuchas?...
MARÍA. (*Asustada.*) ¡Ama!
FELISA. ¡Hija del alma! Si hubieras, cual te aconsejé, dejado á esta canalla perversa, y fugádotte á un convento, donde conmigo...
MARÍA. (*Afligida.*) Ama, cesa;

no me destroces el alma.
 ¿En desgracia tan horrenda
 abandonar yo á mi padre?...
 FELISA. (*Desconcertada.*)
 ¿A tu padre?... Me atraviesas
 el corazon... ¡desdichada!
 ¡Tu padre!...
 (*Un cañonazo á lo léjos.*)
 MARÍA. (*Aterrada.*) ¿Oyes?...
 FELISA. Sí.
 MARÍA. Se acerca
 el estruendo de las armas.
 (*Corre á la ventana.*)
 ¡Ay Dios!... Ya vuela en pavesas
 la villa toda... A esta parte
 es la espantosa pelea...
 mas sus horrores me ocultan
 esas elevadas peñas.
 FELISA. ¡Ay!... retírate, María,
 por la ventana pudiera
 alguna perdida bala,
 alguna veloz saeta...
 MARÍA. ¡Ojalá!... ¡Dios mio!
 FELISA. (*Retirándola de la ventana.*) Vente.
 MARÍA. (*Llorando.*) ¿Y mi padre?...
 FELISA. (*Muy agitada.*) Calla, cesa;
 yo de todas tus desgracias
 soy la sola causa, y sea
 la sola en quien el castigo
 caiga de Dios.
 MARÍA. (*Consternada.*) ¡Ama!
 FELISA. (*Abrazándola.*) ¡Oh prenda
 de desventura!... ¡hija mia!
 Correr hoy tu suerte adversa
 es mi obligacion. Cristiana
 y española, no debiera
 encontrarme en esta causa
 de los moriscos envuelta.
 Mas si tú lo estás, María,
 que yo lo esté el cielo ordena;
 porque con el cielo tengo
 por tí una terrible deuda,
 y que abrazada contigo
 la pague yo... ¡ay triste!... es fuerza.
 MARÍA. (*Confusa.*) No te entiendo.
 FELISA. Ni es posible
 el que tú entenderme puedas.
 (*Queriendo cambiar enteramente de conversación, y mudando de tono.*)
 Lo mejor se me olvidaba
 con tantos sustos y penas;
 cuando bajaba á la villa,
 al llegar sola á las huertas,
 escuché que me nombraron,
 y de terror quedé yerta.
 Paréme, y en el momento

delante se me presenta,
 saliendo de los vallados
 que allí el callejon estrechan,
 un soldado. Y al instante
 reconocí con sorpresa
 que era Corbacho.
 MARÍA. (*Sobresaltada.*) ¿Quién dices?
 ¿Quién dices, Felisa, que era?
 FELISA. Corbacho, que al saludarme,
 oyendo otras voces cerca,
 tiró á mis piés esta carta,
 (*Saca una carta del pecho.*)
 huyó á esconderse á gran priesa,
 y salvando los tapiales
 desapareció.
 MARÍA. (*Tomando la carta.*) ¿Ni siquiera
 le preguntaste?...
 FELISA. Hija mia,
 no acerté á mover la lengua,
 ni tuve tiempo: llegaba
 gente por la misma senda,
 y hallarme con él hablando
 causara grandes sospechas.
 Un relámpago fué todo,
 la aparicion y la ausencia.
 Mas la carta...
 MARÍA. (*Turbada.*) ¡Ay, ama mia!
 mi mano al abrirla tiembla.
 Toda está escrita con lápiz,
 y dice de esta manera:
 (*Lee.*) «Si eres cristiana, María,
 y si me tienes amor,
 huye al punto con valor,
 ven á ser la esposa mia.
 Estoy de tí muy cercano,
 en esta sierra encubierto,
 donde no me ha descubierto
 ni morisco ni cristiano.
 Y con impaciencia espero
 el que vengas, amor mio,
 y porque verte confio
 de pena aquí no me muero.
 De esta carta el portador
 á traerte salva se obliga.
 Haz sin susto lo que él diga,
 vente á coronar mi amor.»
 (*Representa.*)
 ¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Don Fernando
 de este castillo tan cerca?
 ¿Y esperándome?...
 FELISA. (*Enajenada.*) María,
 ni un solo instante se pierda...
 Ahora mismo... El cielo santo
 piadoso al fin nos presenta
 el remedio.
 MARÍA. (*Dudosa.*) ¿Pero dónde,

dónde está Corbacho?... Venga.
 Sin él no es posible, amiga...
 Tal vez aun allí te espera,
 y acaso...
 FELISA. (*Resuelta.*) Tornaré al punto...
 (*Va á marchar, y se detiene sorprendida por el ruido de un cañonazo y rumor de armas.*)
 MARÍA. ¡Imposible!
 FELISA. En cuanto venga
 la noche... Si don Fernando
 está cual dice tan cerca,
 si Corbacho entre las tropas
 vigilante anda y alerta,
 no nos faltará un momento...
 MARÍA. (*Abatida.*) Dios sabe... Esa lid horrenda
 que está empeñada... ¡ay, Felisa!
 deshará tal vez... Me inquieta
 nuevo terror... Si mi padre
 herido á mis brazos llega,
 ¿cómo podré?...
 FELISA. (*Interrumpiéndola con vehemencia.*)
 De Dios hija
 eres primero, y si alientas
 su fe santa, que te salves
 donde su culto mantengas,
 y qué huyas de este recinto,
 do su nombre se blasfema,
 donde su ley se escarnece,
 con voz de padre te ordena.
 MARÍA. (*Con resolucion precipitada.*)
 Pues ahora mismo, ama mia,
 vamos, y en sus manos puestas...
 FELISA. ¡Si salir fuese posible,
 y en lo áspero de estas sierras
 escondernos!...
 MARÍA. ¿Y Corbacho?
 FELISA. Yo esta noche...
 (*Voces y rumor cercano de armas.*)
 MARÍA. (*Mirando adentro.*) Escucha... espera.
 ¿Qué es lo que veo?... ¡Mi padre
 ¡Virgen santa!... ¡oh Dios, cual llega!
 cadáver... ¡ay yo infelice!
 que sus amigos rodean.
 Sale MULIM-ALBENZAR, herido y ensangrentado, en brazos de moriscos que le colocan en el lecho.
 MARÍA. (*Arrojándose á su padre en el mayor desconsuelo.*)
 ¡Padre!... ¡Padre!
 MULIM. Moriscos,
 nada importa mi muerte.
 Vuestro valor coronará la suerte
 si defendeis constantes estos riscos,
 cual fieles mahometanos.

Ved cómo los cristianos
 necesitan de engaños alevosos,
 para verse un instante victoriosos.
 De este castillo en el sagrado muro,
 firme cimientto de un poder futuro,
 se estrelle en este dia
 su impotente furor y alevosía.
 Acatad la bandera
 de Fátima, de mi hija y heredera,
 que yo dichoso muero,
 cual noble caballero,
 por mi fe y mi nacion.
 MARÍA. (*Ahogada de dolor.*) ¡Padre!
 MULIM. (*Echándole los brazos al cuello*) ¡Hija mia!
 No lamentos, mi bien, la suerte mia
 si es morir en tus brazos.
 MARÍA. (*Cayendo de rodillas junto al lecho.*)
 ¡Ay!... tengo el corazon hecho pedazos.
 MULIM. (*En tono solemne, incorporándose.*)
 En tí mi sangre arda.
 Este castillo valerosa guarda,
 mira que es de tu trono el fundamento,
 trono que tú has de alzar con noble aliento.
 MARÍA. ¡Padre!... fuiste cristiano...
 tiempo es que como tal...
 MULIM. (*Esforzándose.*) ¡Nunca! Testigo
 de que siempre he vivido mahometano
 el gran Profeta sea,
 y hoy á su lado en el Edén me vea.
 MARÍA. (*Consternada.*)
 ¡Padre!... ¡Padre!... El castigo
 teme de Dios.
 MULIM. (*Encolerizado.*) ¿Y me hablas cual cris-
 MARÍA. Lo soy de corazon. (tiana?)
 MULIM. (*Furioso.*) ¡Yo te maldigo!
 Ser mi sangre no puede quien tal dice.
 (*Cae desmayado.*)
 FELISA. (*Retirándose horrorizada.*)
 La hora es de la verdad.
 MARÍA. ¡Ay yo infelice!
 Suena un cañonazo cerca, tambores y ruido de armas, y sale ABDALLA apresurado.
 ABDAL. Malec nos ha vendido.
 ¡Oh vil traicion! ¡Oh infame alevosía!
 Un escuadron cristiano, que escondido
 quedó en la selva umbría,
 en tanto que fingiendo
 el grueso de las tropas que iba huyendo,
 nuestra atencion llamando
 hácia la villa, fuése apoderando,
 de acuerdo con Malec, ¡traicion villana!
 del foso y barbacana.
 Y entrando sin rumor por un portillo,
 siembra terror y muerte en el castillo.
 Todo es sangre y estrago.

VOCES. ¡Santiago!... ¡Santiago!
 OTRAS. ¡Viva la fe y el rey Felipe viva!!!
 MULIM. (*Arrojándose del lecho y reuniendo sus últimos esfuerzos.*)
 ¡No, que aun aliento yo! ¡Fieles, arriba!
 (*Le rodean y sostienen todos.*)
 ABDAL. ¿Dónde vas, infeliz?...
 MULIM. (*Desmayado.*) A que la muerte,
 con la espada en la mano,
 cual rey... cual mahometano...
 (*Cae al suelo.*)
 VOCES. ¡Viva la fe! ¡Victoria por España!
 ABDAL. (*Aterrorizado.*) Huyamos ¡ay! la saña
 del fiero vencedor.
 MULIM. (*Ahogado.*) ¡Oh rabia!... Muero
 como fiel musulman. (*Muere.*)
 MARÍA. (*Abrazando el cadáver.*)
 ¡Qué horror!...
 ABDAL. Huyamos
 ¡tremendo día! del cristiano acero,
 si es que aun camino de salud hallamos.
 (*Vanse todos y queda María teniendo en sus brazos el cadáver de Albenzar, y Felisa á un lado de la escena.*)
 VOCES. ¡Viva la fe y el rey Felipe!
 OTRAS. ¡Vea
 hoy su exterminio la infernal ralea!
 GARCÍA. (*Dentro.*) Cese ya la mortandad,
 pues la victoria es segura;
 á esa gente sin ventura
 con hierros asegurad.
 A Albenzar pronto busquemos,
 puesto que se esconde aquí:
 aquella es su estancia, sí;
 nadie la defiende, entremos.
 Sale EL CAPITAN GARCÍA con peto y capote y la espada ensangrentada, y detrás de él EL SARGENTO y ocho ó diez SOLDADOS ESPAÑOLES con lanzas y arcabuces.
 GARCÍA. Rendid, perros desalmados... (*Se detiene.*)
 ¿Mas dos mujeres no más,
 y un cadáver?... ¿Es quizás?... (*A la tropa.*)
 La furia tened, soldados.
 MARÍA. (*Deja el cadáver, y se arrodilla delante del capitán, pero con dignidad.*)
 Si sois noble, como dice
 á voces vuestra presencia,
 mirad, señor, con clemencia
 á una mujer infelice.
 Y si sólo por mujer
 la hidalguía castellana
 me la niega, por cristiana
 me la habrá de conceder.
 GARCÍA. (*Aparte atónito y suspenso.*)
 ¡Cielos!... ¡Qué rara beldad!

¡y qué noble discrecion!...
 Me ha robado el corazón.
 (*Alto á María.*)
 Señora, de tierra alzado.
 (*La levanta.*)
 Que al miraros en el suelo,
 pierdo la razón y el tino
 de terror, porque imagino
 que se ha desplomado el cielo.
 ¿Quién sois?... Un ángel, lo veo.
 Un ángel, un ángel, sí.
 Mas qué hace un ángel aquí,
 confuso saber deseo.
 MARÍA. (*Con dignidad.*)
 Soy de Mulim-Albenzar,
 muerto, como veis, la hija;
 vuestra nobleza colija
 mi posición singular.
 Cristiana de corazón,
 y fiel de veras al rey,
 del amor filial la ley
 me puso en esta ocasión.
 Sois cristiano y caballero,
 habeis mi desdicha oído,
 y la protección que os pido
 con seguridad la espero.
 GARCÍA. (*Dudoso.*) ¿Ese es Mulim-Albenzar?
 (*Al sargento.*)
 Reconocedle.
 SARGEN. (*Acercándose al cadáver.*) Sí, es cierto;
 es Albenzar, y está muerto;
 de buena logré escapar.
 GARCÍA. Confuso estoy, vive Dios.
 SARGEN. Señor, á esas embusteras
 no des crédito, ¿qué esperas?
 amarremos á las dos.
 GARCÍA. Son cristianas.
 SARGEN. Sólo ahora
 por evitar el castigo.
 MARÍA. ¡Señor!...
 GARCÍA. Pues estais conmigo,
 no temais nada, señora.
 (*Resuelto á la tropa.*)
 Esta estancia respetad,
 y ese cadáver sangriento,
 á colocarlo al momento
 sobre la torre, llevad.
 Vea la rebelde grey
 cuál es su mísera suerte,
 pues ya les robó la muerte
 al que aclamaron por rey.
 Y con su fin la esperanza
 pierda del todo esta sierra,
 terminándose la guerra
 y cesando la matanza.
 SARGEN. Tal vez, señor capitán,

pueden tener estos moros
 aquí ocultos sus tesoros.
 GARCÍA. (*Severo.*) Si los hay, vuestros serán.
 (*Señalando á María.*)
 Y que esta joya ó portento
 yo ansioso la guardo, ved:
 mi mandato obedeced,
 y retiraos al momento.
 (*El sargento y los soldados recogen el cadáver de Mulim-Albenzar, y entre tanto dice el*)
 SARGEN. Muy hermosa es la morisca,
 y al capitán ha prendado,
 pero lo juzgo excusado,
 pues tiene cara de arisca.
 MARÍA. (*Viendo llevar al cadáver de su padre se arroja á abrazarlo.*)
 ¡Padre!... ¡Señor!... ¡Santo cielo!
 (*Se apoya muy afligida en Felisa.*)
 FELISA. ¡Hija del alma!
 GARCÍA. (*Aparte y envainando la espada.*)
 ¡Qué encanto
 tan irresistible!... ¡oh!... ¡cuánto
 templar su desgracia anhelo!
 Mas tengo órden terminante
 ó de al punto exterminar
 la familia de Albenzar
 ó de llevarla al instante
 asegurada á Valencia,
 donde en cadalso sangriento
 sirva al punto de escarmiento
 á la morisca demencia.
 No la puedo libertar,
 que aunque dice que es cristiana,
 y al rey fiel, ¡suerte tirana!
 la heredera es de Albenzar.
 ¡Oh qué celestial mujer!
 Si el miedo... la confusion...
 se perturba mi razón;
 no sé lo que voy á hacer.
 En caso tan inaudito...
 ¡Ay! si me amara, podría...
 Abrásase el alma mía,
 y en su amor me precipito.
 (*Alto á María.*)
 En vos, oh hermosa, volved,
 aunque es algo dura y fuerte
 vuestra lamentable suerte,
 que estais en mis manos ved.
 El ser sangre de un traidor,
 el ser de Albenzar la hija,
 no extrañareis que hoy exija
 gran dureza, gran rigor.
 FELISA. (*Arrebatada y como fuera de sí.*)
 No, no es hija de Albenzar,
 es hija mía: es cristiana

es de sangre castellana,
 aquí nunca debió estar.
 MARÍA. (*Conteniéndola con dignidad.*)
 ¿Qué osas, Felisa, decir?
 No niego mi origen, no,
 ni con imposturas yo
 quiero el peligro evadir.
 (*Al capitán.*)
 Cristiana, es verdad, lo soy;
 mas hija de Albenzar, sí;
 que fuera un baldon en mí
 negar á mi padre hoy.
 El amor que me profesa,
 porque al cabo es mi nodriza,
 á esta española castiza
 le inspira la invención esa.
 Pero no soy yo mujer,
 sea cual fuere mi ventura,
 que á una cobarde impostura
 quiera la vida deber.
 Si el ser cristiana no basta
 para templarse conmigo
 el espantoso castigo,
 que ha merecido mi casta;
 si es crimen la sangre mía,
 que no lo borra mi fe,
 pura víctima seré,
 sin desmentir mi hidalguía.
 Y si así al cielo le plugo,
 mis manos encadenad
 y mi cuello colocad
 sobre el tajo del verdugo.
 Pues si os pedí compasión
 cuando vencedor entraste,
 y con un muerto me hallaste
 en este oscuro rincón;
 no fué pedir os la vida,
 si el honor, que en riesgo estaba,
 cuando tras de vos entraba
 la soldadesca atrevida.
 Mas de nuevo á vuestra planta
 os pido cumplais la ley
 conmigo, que impone el rey,
 pues su rigor no me espanta.
 Antes bien, tal es mi suerte,
 que es el más grande favor
 que hacerme pueden, señor,
 el de apresurar mi muerte.
 GARCÍA. (*Conmovido profundamente.*)
 Basta, señora, os lo ruego.
 Celeste encanto, cesad.
 ¡Oh! ¡con cuánta actividad
 me abrasa de amor el fuego!
 Tomo de mi cuenta, sí...
 ¡Cielos!... ¿Por qué esta victoria,
 que juzgué mi mayor gloria,